

Recordando a Freg

Alfonso Cantador Alias

Aún hoy, tantos años después, me sorprende cómo ciertos recuerdos permanecen adheridos al alma con la tenacidad del polvo del albero. Yo, que asistí a tantas corridas, que saludé a tantos toreros, que vi gloria y tragedia desfilar ante mis ojos reales, guardo con un brillo especial en la memoria aquella tarde del 6 de junio de 1916. No sé si fue el aire de presagio que respiré al llegar a la plaza, o la conjunción imposible de los nombres del cartel; pero algo, en lo más íntimo de mi espíritu, me hizo presentir que no era una tarde cualquiera.

Recuerdo la plaza abarrotada hasta los andamios. A mi alrededor, abanicos inquietos, murmullos, estampas sevillanas mezcladas con madrileñas. Todo parecía un hervidero de expectación. Y no era para menos: Joselito, Belmonte y Luis Freg... Tres destinos, pensé entonces, que jamás debían haberse cruzado, y que sin embargo aquella tarde se enlazaban como si la historia misma los hubiese convocado.

Yo sabía que algo se estaba moviendo bajo la superficie. No podía definirlo, pero lo sentía como se siente una tormenta que aún no se anuncia en el cielo, pero ya pesa en el aire. Era —y lo pienso ahora con claridad— un momento liminar, un umbral entre el viejo mundo y el nuevo.

Mientras aguardábamos el paseíllo, miré a los toreros desde el callejón. Me gustaba observarlos antes de que se abrieran paso hacia el sol, cuando aún eran hombres, no héroes. A veces, en esos instantes previos, se ve la verdad de cada uno.

Escuché fragmentos de una conversación entre ellos, palabras entretajadas de nervios, brío y ese extraño humor que solo poseen los elegidos para el riesgo. Freg hablaba —como tantas veces desde que le conocí— de aviones, de hélices, de velocidades impensables.

—El aeroplano es el futuro —decía con una convicción que casi me inquietó—. Llegaréis descansados, llegaréis antes que nadie. ¡El mundo será más pequeño!

Lo decía con la misma seguridad con la que otros hablan de la muerte. Y recuerdo la sonrisa escéptica de Joselito, como un rey joven que escucha a un profeta extraño.

—¿El aire? —le oí murmurar—. Déjame a mí en la tierra. El cielo es para los pájaros... y para los locos.

A su lado, Belmonte apenas levantaba la vista. Un cigarrillo colgaba de sus labios, y el humo formaba una nube pequeña, testaruda, que no parecía dispuesta a elevarse al cielo que tanto obsesionaba a Freg.

—Mi vida está aquí abajo —dijo, grave—. Y mi muerte también. Qué contraste tan notable entre los tres. Joselito, príncipe; Belmonte, místico de la tierra; Freg, visionario del aire. Yo, desde mi puesto, los veía como tres fuerzas elementales convocadas por la misma liturgia. No habría sabido decir cuál de las tres gobernaría el futuro.

Cuando apareció Bombita, que asistía a la corrida para encontrarse en el patio de cuadrillas con ellos, recuerdo haber sonreído. Había en él una elegancia natural que nunca se marchitaba, ni siquiera bajo el peso de los años. Su intervención fue tan oportuna como definitiva.

—El toreo no necesita alas —les dijo—. Ya vuela por sí mismo.

Lo escuché con atención. En su voz había una verdad antigua, una verdad que yo mismo había sentido en tantas tardes de gloria y tragedia. Pero cuando miré a Freg, advertí en sus ojos una distancia nueva, como si Bombita hablara desde un mundo que ya estaba quedando atrás. Yo había conocido a muchos hombres adelantados a su tiempo; él tenía esa luz peligrosa.

Pronto sonaron los clarines, y el paseíllo comenzó. La música de “La Giralda” llenó la plaza como un manto solemne. Y mientras veía avanzar a aquellos tres hombres, tuve la absurda sensación de estar asistiendo al último encuentro posible entre sus destinos. No sabía por qué, pero lo supe.

Dos años más tarde, cuando me informaron de que Luis Freg había llegado a torear a Palma de Mallorca en aeroplano, no pude evitar reír con sorpresa y, al mismo tiempo, sentir un estremecimiento. “*El loco del aeroplano*”, le decían algunos. Pero yo, recordando aquella tarde de Sevilla, pensé que quizás no estaba tan loco. Había algo heroico, romántico, profundamente moderno en su gesto: desafiar al tiempo, desafiar al viaje, desafiar la propia sombra de la muerte que ronda siempre a un torero.

Llegó —supe luego— sereno, con la montera en la mano y una sonrisa leve. Esa imagen se me quedó grabada como si yo mismo hubiese estado allí para recibirlo. Un torero que descendía del cielo... No era eso, en el fondo, lo que siempre había buscado el toreo: trascender la condición humana.

España, entretanto, vivía días inquietos. Yo lo sabía mejor que nadie desde mi cargo. En el país todo parecía tensarse: huelgas, tertulias incendiarias, rumores de cambios que aún no sabíamos nombrar. Y sin embargo, en los toros, aún hallábamos un refugio: un espejo donde el español seguía viendo su alma desnuda.

Aquel recuerdo, el de 1916, volvió a mí muchas veces. Porque comprendí que aquella tarde no trató solo de toros, ni de aviones, ni de estilos. Fue la última vez —lo descubrí después— en que tradición, revolución y futuro caminaron juntos hacia el ruedo.

Yo lo vi. Yo estuve allí.

Y por eso, cuando pienso en Luis Freg surcando el cielo en su biplano, no pienso en un loco. Pienso en un hombre que buscó elevarse, no solo sobre la arena, sino sobre su tiempo.

A veces —lo aprendí en mis años de rey de España— el valor también está en el aire.

Con los años he visto pasar ante mis ojos a muchos toreros, cada uno con su misterio, su valor y su condena. Pero pocos, muy pocos, dejaron en mí una impresión tan singular como Luís Freg. No por su fama —pues no alcanzó la inmortalidad pública de Joselito ni el aura poética de Belmonte— sino por algo más difícil de definir: una especie de luz inquieta, un fuego que parecía empujarlo siempre hacia territorios que otros no veían o no se atrevían a buscar.

He pensado en él muchas veces, quizá porque representaba una cualidad que admiro y temo por igual: la incapacidad de resignarse al orden establecido.

A menudo, cuando rememoro aquella tarde de 1916 en Sevilla, me detengo en su figura más que en la de los otros dos. Joselito y Belmonte eran, cada uno a su modo, la perfección de un arte consumado; pero Freg era otra cosa. Era como un hombre que, al entrar al ruedo, ya estaba mirando más allá del tendido, hacia un horizonte donde intuía su verdadero destino.

Esa es la impresión que siempre me dio: un torero cuyo corazón latía en el cielo.

Me llegó noticia, años después, de que durante sus estancias en Sevilla pasaba horas enteras en las tabernas del Arenal, no como

los toreros tradicionales que buscaban conversación, vino o descanso, sino como un discípulo embelesado que se acerca a los sabios. Pero los sabios de Freg no eran viejos maestros del toreo, sino los aviadores, aquella nueva estirpe de héroes mecánicos que hablaban de hélices Chauvière, motores Gnome y de vuelos sobre Tablada como si fueran faenas soñadas en el aire.

A mí siempre me llamó la atención esa fascinación. En aquellos años, cuando España vivía entre sobresaltos y esperanzas de progreso, la aviación representaba para muchos una metáfora de modernidad; pero para Freg, estoy seguro, era algo más íntimo: su forma personal de burlar a la muerte.

Los toreros luchan con ella todos los días, pero lo hacen en un terreno conocido, casi ritual. Él, en cambio, parecía buscarla en otro ámbito, como si necesitara demostrar que era capaz de conquistar no solo la tierra, sino también el espacio que esta no podía ofrecerle.

En ocasiones me pregunto si esa inquietud nació en México, en su juventud marcada por la Revolución y por un país donde la vida parecía siempre pendiendo de un hilo. Quizá por eso, cuando llegó a España, la lidia se le quedó corta, no en valor, sino en dimensión. Como si necesitara un escenario más vasto, más incierto, más libre.

La historia de su vuelo a Palma la conté y escuché tantas veces que terminó por adquirir para mí una cualidad casi legendaria. Era un acto que no se esperaba de un torero; era un desafío que rozaba lo imposible.

Mientras otros habrían aceptado perder un contrato, él decidió buscar un avión —¡un avión en 1918!— como quien busca un caballo de repuesto. Siempre me pareció un gesto simbólico, una declaración silenciosa:

“No hay contratiempo que me detenga. No hay distancia que no pueda acortar. No hay destino que no pueda alcanzar.”

Lo imaginé muchas veces en palacio descendiendo del aeroplano con la montera en la mano, tranquilo, casi solemne. Aquella mezcla de audacia moderna y liturgia taurina definía a la perfección su espíritu: mitad torero, mitad pionero. Era, en cierto modo, un hombre de dos mundos.

Lo que más me impresionó de Freg, quizá porque yo mismo me sentía dividido entre tradición y progreso, fue que entendió antes que nadie que el siglo que comenzaba iba a exigir alas. No solo a los aviones: al pensamiento, al arte, a la vida misma.

Los demás toreros —magníficos todos— eran hijos de una liturgia eterna. Él, en cambio, era hijo del vértigo, de la velocidad, de esa fiebre que llevó a tantos a soñar con máquinas que podían elevar al hombre por encima de su destino.

Y sin embargo —y esto es importante— Freg jamás perdió el respeto por la arena. Nunca quiso abandonar la tierra, sino complementarla. Siempre creí que veía el toreo como un vuelo a ras del suelo, una forma de elevarse sin abandonar la gravedad.

De él se puede decir algo que solo pertenece a los espíritus excepcionales: fue un precursor.

Y aunque su nombre no figura en los versos de los poetas ni en las crónicas que llenan bibliotecas, creo que algo de su osadía quedó sembrado en el alma del toreo y, quizá, en el alma de España. Porque en tiempos convulsos, cuando el país parecía debatirse entre pasado y porvenir, él encarnó —como pocos— la posibilidad de unir ambos.

Para muchos, Luis Freg fue “el loco del aeroplano”. Para mí, que lo vi caminar aquella tarde junto a los titanes sevillanos, fue un soñador que no se conformó con un solo cielo.

Y tal vez, en un tiempo en que España buscaba su rumbo, no hubo ejemplo más necesario. A veces pienso que he pasado más tiempo en plazas de toros que en despachos. No sé si un rey debería confesarlo, pero a mí la política siempre me pareció un

arte más ingrato que el toreo. En cambio, la plaza... ah, la plaza es honesta. Allí todos sabemos a qué venimos: a mirar de frente el miedo.

En los consejos de ministros — ¡ay, Dios mío!— el miedo siempre llega disfrazado.

Aquella tarde en la Maestranza yo presentía algo distinto. No era solo el cartel, aunque ya eso bastaba para abrir las puertas del cielo: Joselito, Belmonte y un mexicano del que hablaban los pilotos de Cuatro Vientos con una mezcla de asombro y ternura. Luis Freg, le llamaban. O, mejor dicho, el torero que quería volar.

Recuerdo otra tarde cuando llegué al palco real con esa inquietud que solo me provocan los hombres que no encajan en su época. España seguía revuelta —huelgas, regeneracionistas, republicanos, ministros que se sucedían como olas—, y mientras tanto, en Europa miles de jóvenes morían en una guerra que nosotros observábamos desde la neutralidad, como quien mira una tormenta desde detrás del cristal.

Quizá por eso me interesaba tanto la aviación. Sin duda más que mis ministros. Volar era la promesa de otro mundo, uno en el que España no llegara siempre tarde.

Pedí otra vez más, una tarde más, bajar al patio de cuadrillas. Un rey no necesita excusas.

Los toreros se cuadraron con respeto. Joselito con su sonrisa de pillo genial; Belmonte con ese aire de hombre que ya ha pactado secretamente con la muerte; “Bombita”, serio como un general retirado.

Y entonces lo vi a él. Esa tarde no toreaba, pero había llegado volando a Sevilla. Luis Freg tenía en la mirada algo que yo había visto antes solo en los aviadores franceses: una especie de intensidad ligera, como si su mente estuviera siempre un palmo por encima de la tierra.

—Vos sois el mexicano del que me hablan mis pilotos —le dije.

Me miró sin descomponerse, lo cual ya de por sí es una rareza en este oficio.

—Majestad... procuro estar donde está el viento.

No contesté de inmediato. Me sorprendió el modo en que lo dijo: como si el viento fuera una patria.

—Dicen que habéis volado hoy para ver esta terna.

—Dicen bien.

Me atrevo a confesar que en ese instante sentí una especie de complicidad absurda con él. Yo también había volado en Tetuán. También sabía lo que era sentir que la tierra desaparece y uno se queda suspendido en un silencio que no permite mentir.

Le dije que, si quería, podría volar algún día con los pilotos de Cuatro Vientos. No suelo ofrecer cosas así a un torero. Ni siquiera a un político.

Joselito, que no puede callarse ni en misa, soltó:

—Majestad, como Luis llegue mañana a otra plaza en aeroplano, yo me vuelvo banderillero.

Reí. Los toreros tienen una manera particular de decir la verdad riéndose.

Mientras comenzaba el paseíllo, pensé en la España que tenía entre manos: los obreros en huelga en Asturias, el catalanismo que avanzaba, los ministros que duraban menos que un capote,

la neutralidad que nos enriquecía y nos revolvía las entrañas al mismo tiempo.

El país me pedía que mirara hacia el futuro, pero el futuro, extrañamente, estaba bajando al ruedo vestido de luces.

Un año después, recibí un telegrama que me hizo sonreír como hacía tiempo no lo hacía: “El torero Luis Freg llega a Madrid en aeroplano.”

¡En aeroplano! Con dos bemoles. Y lo seguía haciendo como no lo había hecho nadie.

Leí después que iba vestido de luces, con la montera en la mano, como si llegar volando fuese lo más natural del mundo. El piloto decía que no había visto a nadie tan tranquilo en un aparato que se sacudía como un potro joven. Cuando terminé de leer el informe, dije a mis ayudantes:

— ¿Veis? Todavía hay españoles —o mexicanos, que para esto da igual— que se atreven a mirar más alto que los demás.

Uno de ellos respondió:

—Majestad... este hombre está adelantado a su tiempo. Y yo pensé:

—No. Este hombre es exactamente el tiempo que deseo para España.

Porque todo el país se hacía eco del torero mexicano: los cafés de Madrid parloteaban, los de Sevilla ardían, los republicanos decían que era cosa de locos, los aristócratas, que era una vulgaridad moderna.

Pero la gente sencilla... La gente sencilla lo entendió todo desde el principio:

“Ese torero ha hecho lo que nosotros nunca pudimos: desafiar al toro y al cielo.”

Y yo, que había visto demasiadas veces cómo la historia nos pasaba por delante, sentí un orgullo extraño. Porque a veces el futuro de un país no lo anuncia un catedrático ni un ministro... sino un hombre vestido de oro y espuma que decide llegar a su corrida por el aire.

Nunca volví a hablar con Freg. No por falta de deseo, sino por esa extraña pereza con la que el destino organiza los encuentros verdaderamente necesarios.

Pero todavía hoy, cuando el viento del sur golpea el Palacio Real y veo un avión cruzar el cielo de Madrid, me acuerdo de él. Me acuerdo del torero que quiso mirar más lejos. Del mexicano que convirtió una ocurrencia en símbolo. Del hombre que unió dos bravuras: la de la arena y la del aire.

Y pienso:

“Si España hubiera tenido más hombres como Luís Freg... quizá también habría aprendido a volar antes.”

